

EL «EUROCOMUNISMO»

PARTE CUARTA

VII

NORTEAMÉRICA ANTE EL FENÓMENO

(A título de prólogo a este capítulo)

Para comprender mejor la postura estadounidense frente al «eurocomunismo», quizá como punto de partida es hacer una breve semblanza de las dos superpotencias. Los Estados Unidos cumplen doscientos un años de existencia, con una historia cargada de guerras internas y externas. La multinacionalidad abarca prácticamente a todas las naciones del mundo como procedencia étnica de la actual demografía norteamericana. Su Constitución es la base para la proyección de cuestiones ideológicas, políticas, económicas y sociales en un ambiente de plena libertad y respeto a los derechos humanos de los ciudadanos. Por encima de todo, Norteamérica siempre ha conservado, respetado y protegido la libertad religiosa. Dios es el cimiento y la inspiración del *American Way of Life*. Este hecho fue resaltado especialmente con motivo del bicentenario celebrado en 1976.

La URSS, en cambio, llega este año a los sesenta de su existencia. Poco después de la derrota de la Rusia zarista en la I Guerra Mundial y la fundación del régimen de los soviets, se enfrenta con una guerra civil con intervención extranjera que costaría millones de vidas. Acto seguido, la colectivización forzosa en los años veinte cobraría otros millones de vidas de una manera rabiosa. Se calcula que durante estos sesenta años la URSS perdió más de 65 millones de personas. Dios ha sido sustituido por *ateísmo* y el terror reemplazaría la libertad y el respeto a los derechos de los ciudadanos.

Norteamérica es un país eminentemente inmigratorio, y la URSS acusadamente emigratorio. Todos buscan libertad, defienden a Dios y sueñan con el bienestar. El Oeste americano ha sido conquistado por hombres libres en colaboración con el ejército; en el caso ruso fue al revés: detrás de las tropas en la conquista del Este andaba el

campesino. Ambas superpotencias de hoy se habían propuesto llegar al Pacífico; prácticamente lo han logrado, aunque a expensas del imperio moscovita, cediendo sobre todo por razones económicas las franjas oeste-americanas y también Alaska. A la entrada del siglo, la situación ya estaba estabilizada y perdura hasta ahora.

Ahora bien, a partir de la II Guerra Mundial, sobre todo, conquistan gran sector de Europa y siguen atacando al Occidente con el objetivo de hacerse con el dominio universal. Mientras tanto, Norteamérica defiende a su manera, no siempre acertada, al hemisferio occidental. Los americanos promueven la unidad económica, política y militar del resto del Viejo Continente. La URSS, por el contrario, fomenta movimientos izquierdistas que desembocan, a través de la lucha de clases, en el «eurocomunismo», destinado principalmente a desintegrar el proceso de integración europeo-occidental por vía coexistencialista, distensionista y seguridad llamada europea.

Desde que Jimmy Carter se instaló en la Casa Blanca, la defensa de los derechos humanos suena por todos los rincones del mundo. Y hasta en la actual Conferencia de Belgrado, prolongación de las sesiones de Helsinki hace dos años, se va a plantear este problema. El Kremlin no quiere saber nada de los mismos, según las declaraciones hechas por el jefe de la delegación soviética, el embajador Yuly Vorontsov, quien manifestó, entre otras cosas, que «aceptar el camino hacia el que están empujando a la Conferencia de Belgrado las fuerzas reaccionarias de Estados Unidos y algunos países occidentales, significaría dar un paso atrás en el recién acordado nivel de cooperación»⁵⁴. A pesar de que no hizo especial referencia a los derechos humanos, las manifestaciones del soviético no dejan duda alguna de que se referiría precisamente a los temores soviéticos de que Belgrado caiga en una contienda sobre los países del bloque ruso-soviético que no han cumplido las garantías de tales derechos radicados en el Acta Final de Helsinki. Moscú no admite que unos países juzguen a otros y examinen cómo cumplen individualmente los puntos y apartados extraídos de los acuerdos de Helsinki.

* * *

Llegamos al fondo del problema, que es el enfrentamiento Este-Oeste a través del «eurocomunismo». El equilibrio de fuerzas entre los dos grandes bloques no da lugar a dudas. Los norteamericanos

⁵⁴ *La Vanguardia Española*, el 14 de junio de 1977, Agencias EFE y UPI, desde Moscú, Alusión «indirecta» al movimiento Carter.

acaudillan la OTAN y los soviéticos al Pacto de Varsovia, pero éstos aventajan a los primeros estratégicamente y en potencial ofensivo; en cuanto a la CEE y al COMECON, esta vez sí que la ventaja corresponde al Oeste; además, por el hecho de que la CEE está haciéndose en plena libertad. A pesar de la ayuda y protección, en el Oeste no existe presión unilateral, sino más bien el afán de superarse en colaboración e iniciativa. No ocurre lo mismo en el bloque soviético, donde la URSS sigue siendo dueño absoluto de la vida nacional e internacional de sus organismos regionales.

Reconociendo que las fuerzas entre los dos bloques están equilibradas, el Este se pone por delante respecto al Oeste por haber introducido en sus países el «eurocomunismo». En cambio, el Occidente no ha sabido implantar un sistema similar en el Este, ya que el «disidentismo» está perfectamente controlado. No se desarrolla en libertad.

En un principio, la postura norteamericana bien pudiera ser considerada como una nueva forma de anticomunismo. Después del XXV Congreso del PCUS, para Washington, el comunismo de cualquier país sigue siendo un instrumento del Kremlin. Es cierto, Breshnev ha criticado entonces y después a los comunistas occidentales acusándolos de hacer «concesiones al oportunismo, de las que pueden obtener ventajas momentáneas, pero que a fin de cuentas llegarán al fracaso»⁵⁵. En el mismo lugar se señala que dichas concesiones consisten en el abandono del principio del «internacionalismo proletario» y de la «dictadura del proletariado».

Las acusaciones del líder soviético resultan un tanto confusas, puesto que hasta ahora ningún partido comunista renunció a estos dos principios, aunque interpretándolos a su manera. Es más fácil ser comunista en un país libre que en otro que está pendiente, única y exclusivamente, de las órdenes de un superpartido. Moscú no quiere entender eso, a pesar de que no está en condiciones de «abandonar» a sus hermanos «eurocomunistas».

En defensa de la Europa occidental, y en la suya propia, para Washington la forma más válida hasta ahora era la de evitar la llegada al poder de ministros comunistas en los países como son Francia, Italia, Portugal y España. Para contrarrestar el impacto del «eurocomunismo», la política oficial estadounidense se basa en la fórmula de que es preciso obstaculizar una coalición de los comunistas con otros grupos o partidos de la izquierda y, en cambio, empujarlos hacia el centro o la derecha, como pasó en Francia con el socialismo

⁵⁵ *Mundo diario*, el 26 de febrero de 1976, de Eduardo Haro Tecglen.

de Guy Mollet. Sólo que esta estrategia puede desembocar otra vez en un izquierdismo por tratarse de un fenómeno por todos ya conocido. La crisis económica y financiera empieza a recrudecer, otra vez, la lucha de clases. Los soviéticos la promueven, teórica y prácticamente, con propaganda y ayuda económica.

La Administración del anterior presidente, Ford, no ha tenido ningún problema en señalar que está opuesta a la participación de comunistas en el Gobierno italiano, por ejemplo. Y parece que la Administración Carter tampoco está dispuesta a hacer concesiones al «eurocomunismo»⁵⁶: «Los Estados Unidos no harán nada que pueda significar un aliento para que los partidos comunistas lleguen al poder en Europa», manifestaron altos funcionarios norteamericanos hace algunos meses, porque América apoya sin condiciones a sus aliados políticos, a los que va su primera lealtad... La postura americana parece ser el fruto de una detenida consideración del problema por los altos órganos del Gobierno de Washington.

En este sentido se expresa también el ex secretario de Estado Henry Kissinger en relación con la participación comunista en puestos clave de los Gobiernos de los países miembros de la OTAN, hecho que podría convertir a ésta en una alianza bilateral germano-norteamericana. Hablando en una conferencia sobre el tema «Italia y el eurocomunismo», patrocinada por el Instituto Americano de la Empresa, una organización conservadora, y la «Institución Hoover sobre la guerra», así como sobre «la revolución y la paz», Kissinger dejaría claro que además de Italia surge el problema de Francia⁵⁷. Kissinger se refiere a la defensa de los dos continentes: «Una participación significativa de estos partidos en los Gobiernos de ciertos países europeos de importancia minaría la moral y la base política de nuestro despliegue militar en Europa.» En tal caso, sería inevitable una alianza germano-norteamericana para hacer frente al peligro que se perfila a través de la llamada liberalización y democratización del «eurocomunismo».

Al mismo tiempo, el Departamento de Estado ha reafirmado que la Administración Carter está preocupada por el «eurocomunismo». Sin embargo, afirman sus portavoces de que no existen diferencias importantes entre la política actual y la de los Gobiernos anteriores en cuanto al aumento del poder o de la influencia del comunismo en Europa occidental. Es decir, el peligro está localizado tanto por los

⁵⁶ *Diario de Burgos*, el 3 de abril de 1977, de Carlos F. Liébana, de la EFE, desde Washington.

⁵⁷ Agencia EFE desde Washington, *La Vanguardia Española*, el 11 de junio de 1977.

EL «EUROCOMUNISMO»

gobernantes como por la oposición, por los demócratas y republicanos. Pero hay algunas dudas: según Kissinger, Norteamérica debe evitar dar la impresión de que ahí se considera segura la victoria comunista creyendo que con unas ostentosas consultas con dirigentes del bloque comunista o declaraciones ambiguas se aclare todo. El ex secretario de Estado se refiere a ciertos contactos mantenidos entre el embajador norteamericano en París y algunos dirigentes comunistas, de los que el presidente Giscard d'Estaing presentaría queja al secretario actual de Estado, Cyrus Vance. En una entrevista publicada en mayo de 1977, el presidente Jimmy Carter arguyó que los Estados Unidos sólo favorecen la elección de dirigentes que estén en favor de la democracia y la libertad, pero que estén libres de la doctrina comunista. Sólo recomienda que en Italia, Francia u otros países europeos el Gobierno existente sea eficaz para prevenir el peligro. No pretende interferir en los asuntos internos de ningún país. Así lo ha confirmado en esta relación también el portavoz del Departamento de Estado, Hodding Carter. Por tanto, la Administración anterior, la de Ford, y la actual de Carter, están prácticamente de acuerdo al respecto.

VIII

¿NUEVAS CORRIENTES?

Las hay. No solamente en la esfera soviética y del «eurocomunismo», sino también en los propios Estados Unidos, donde la prensa y demás medios de comunicación, aparte la opinión pública, están, por fin, interesados en la cuestión. Si Kissinger pide firmeza ante el «eurocomunismo» y Carter, extendiéndose a la salvaguardia de los derechos humanos en todos los países, no sólo confirma la línea de la Administración anterior, sino que la robustece.

Por tratarse de una prensa libre, en los Estados Unidos ejerce una influencia decisiva, que la Casa Blanca no puede ignorar. Pero la acepta como un medio más de estructuración política, también libremente. Es cierto que los partidos políticos y los grupos de presión están a la altura de las circunstancias.

La polémica en tal sentido desarrollada por la prensa norteamericana es muy instructiva. El superconservador *Wall Street Journal*, el ultraliberal *New York Times* y la revista izquierdista de tendencia liberal *New Republic* analizan la situación en torno al «eurocomu-

nismo».⁵⁸ El *New York Times* sugiere que los avances comunistas en Francia, Italia y últimamente en España plantean problemas difíciles no solamente para dichos países, sino también para la Administración Carter. Consejo de parte del *New York Times*: Carter debería definirse sin el «vigor» y tono amenazante de la era de Nixon-Kissinger, pero «sin destruir puentes», ya que si los comunistas logran algún tipo de participación en los Gobiernos de estos países, Washington tendría que entenderse con ellos con el fin de neutralizar, de un modo u otro, el impacto de esta participación, sobre todo en relación con las instituciones de la OTAN. Lo más destacado de este periódico neoyorquino es que insiste en que es también legítimo dudar de la profesada sinceridad de los «eurocomunistas» en lo referente a su reciente defensa de la democracia. Esta es la duda que vamos exponiendo en estas ya cuatro partes del presente estudio. El periódico añade que en cualquier caso no existe ningún sustitutivo más que el de articular una política imaginativa para ayudar a Europa a salir de su actual estancamiento económico y del peor índice de desempleo que ha sufrido desde los años treinta. Esta política de ayuda sería esencial si los partidos políticos moderados tuvieran el sentido de copar con los problemas sociales, eludiendo, por consiguiente, la especie de «encanto comunista», hoy tan de moda.

Dejando aparte la revista izquierdista *New Republic*, el diario de Wall Street intenta explicar el contenido de la nueva estrategia eurocomunista refiriéndose a la cumbre de Carrillo y sus colegas de Francia e Italia.⁵⁹ El *Wall Street Journal*, órgano por excelencia de la economía y finanzas, apunta, con gran sorpresa, que Santiago Carrillo fue el más radical en sus pronunciamientos antisoviéticos, a pesar de ser el representante del partido comunista más débil de los tres. Y en el mismo lugar se afirma: «No hay que concederles el beneficio de la duda, pues aunque es posible que el eurocomunismo represente un distanciamiento o cambio del antiguo totalitarismo soviético, por ahora tal eventualidad hay que dejarla en lo puramente hipotético, ya que lo que sería necesario saber es su comportamiento cuando lleguen al poder o estén bien situados para ejercerlo.»

No es necesario examinar a fondo esta duda, porque no la hay. A raíz de la II Guerra Mundial, el comunismo soviético, con apoyo directo de los aliados occidentales, se apoderó legalmente, a base de tratados internacionales que culminaron en agosto de 1945 en Potsdam, Berlín, de un gran sector de la Europa oriental, central, balcá-

⁵⁸ Ya, el 20 de abril de 1977, de Gustavo Valverde, desde Washington.

⁵⁹ Celebrada a primeros de marzo de 1977 en Madrid.

nica y hasta occidental (RDA). Las consecuencias son bien conocidas. Parece que el *Wall Street Journal* apunta a esta experiencia, pero, no obstante, no lo dice. ¿Un simple olvido? En este caso dudamos nosotros del editorial wallstreetiano, es decir, de sus intenciones, porque criticar es fácil, y hacer lo criticado realidad, difícil. Hecho positivo: la crítica está dirigida contra Washington, aunque defendiendo los intereses de Wall Street.

Por otra parte, algunos observadores opinan que la política de la Administración Carter hacia el «eurocomunismo» es más flexible, pero no gratuita⁶⁰; recientemente, se afirma de parte del diario madrileño, Robert J. Lieber reconocía en la revista *Foreign Policy* el fracaso de la política de Kissinger en Europa, porque la ayuda norteamericana a los anticomunistas italianos en las elecciones de 1975 y las «advertencias» de la Embajada de París en el sentido de que los Estados Unidos no tolerarían la participación de los comunistas en el Gobierno resultaron contraproducentes, igual que el renacimiento democrático en Grecia y Portugal, a pesar de que Washington había apoyado, en cierta medida, a los anticomunistas.

Pues bien, la política es éxito o fracaso. Por ello, el orden democrático sigue vigente. El mismo diario madrileño especula con la idea de una *Realpolitik* estadounidense respecto a Europa. Y se insinúa que esta nueva *Realpolitik* podría incluir conversaciones entre Estados Unidos y los sectores izquierdistas europeos, incluyendo a los partidos eurocomunistas más moderados, como los de España y también de Italia. Pero la oposición a este giro, continúa el editorial de *El País*, de la política tradicional de Washington es muy fuerte incluso en la actual Administración Carter, heredera en su mayoría del anterior Gobierno.

Los columnistas del *Washington Post* Evans y Novák habrán revelado que especialmente la Oficina de Asuntos Europeos del Departamento de Estado se opuso a un total desmantelamiento de la política anterior. Todos de acuerdo...

Acabábamos de decir que la política es éxito o fracaso. Si el anterior presidente, Gerald Ford, y su secretario de Estado, Henry Kissinger, han fracasado, eso no quiere suponer que hayan obrado con mala fe. Han fracasado en algún que otro campo político y estratégico. Algo queda, ya que el presidente Carter y el nuevo secretario de Estado, Vance, no rompen con la Administración anterior por completo. La desarrollan, la adaptan a las nuevas condiciones internacionales, como es, por ejemplo, la predisposición de Jimmy Carter a

⁶⁰ *El País*, el 20 de abril de 1977.

normalizar las relaciones con el régimen de Fidel Castro, quien, por su parte, lo califica como un hombre «honesto», hablando diplomáticamente. Se sabe que una de las preocupaciones principales en las relaciones Washington-La Habana es el problema de los derechos humanos. Carter parece ser un inexperto en la política internacional. Según Castro, Washington debería dar el primer paso para la normalización de las relaciones entre los dos países. Carter, por su parte, la condiciona con que Cuba renuncie a influir en otros países tanto de «este hemisferio» y también a la violencia, así como a las mismas actividades en «otras naciones del otro lado del océano»⁶¹. La Habana está interesada en que los Estados Unidos levanten el embargo comercial de la isla y Washington, por su parte, requiere garantías de no perturbar a los países europeos y africanos.

A los norteamericanos suele reprochárseles un «idealismo político», estando, por tanto (caso Wilson en la I Guerra Mundial; Roosevelt y Truman, en la II) a la merced de otras potencias (la URSS en primer lugar). Este es el peligro también de la Administración Carter. Kissinger es europeo, nacido en Munich, y llegó a ser el primer funcionario de la política exterior norteamericana. Desde hace muchos años, en la Casa Blanca se conoce a un polaco, Zbigniew Brzezinski, al que se le puede considerar como ideólogo anticomunista. Cualquiera que fuere el Gobierno que tome posesión en la Casa Blanca, se cuenta con sus servicios. Es una especie de Ponomarov soviético. Hasta hay una «doctrina Brzezinski» sobre el «policentrismo comunista».

En relación con el «eurocomunismo», la «estrategia» del ex polaco podría resumirse en tres puntos fundamentales⁶²: 1. Ha terminado la vinculación de materias de índole eminentemente moral con asuntos puramente materiales y, por tanto, negociables. Los derechos fundamentales del ser humano no pueden dar lugar a concesiones por parte de Washington cuando se trate de sentar las bases para concluir el acuerdo SALT-II—limitación de las armas estratégicas ofensivas de las dos superpotencias—o de reducir recíproca y equilibradamente las fuerzas de la OTAN y del Pacto de Varsovia en Europa central (MBFR). Los intereses «comunes» Estados Unidos-URSS están en juego. También los de poner en práctica *todos* los principios proclamados en el Acta Final de 1975 en Helsinki. 2. La distensión no puede ser de sentido único, ya que la idea y la práctica de la reciprocidad casi automática debe inscribirse en las mentalidades, en el vocabulario y en los usos de los hombres de Estado y de los diplomáticos

⁶¹ *Informaciones*, el 17 de febrero de 1977, de EFE, desde Washington.

⁶² *Ibid.*, p. 10 de Américo Vélaz.

de Moscú y de Washington. Los deplorables episodios de las recientes expulsiones de periodistas (y espías, caso en España, siendo expulsados dos soviéticos en menos de seis meses⁶³, después de haber sido restablecidas relaciones diplomáticas entre Madrid y Moscú) constituyen los «primeros casos prácticos». 3. Este tercer punto parece haber desencadenado en el Kremlin una «alerta roja». Las Administraciones americanas de la segunda posguerra han respetado los «principios de Yalta», es decir, reparto «equitativo» de las esferas de influencia entre los Estados Unidos y la URSS. Las tendencias emancipadoras o independentistas de la influencia soviética constituirían una grave amenaza para el equilibrio de fuerzas en el plano universal. Entonces se proclamaba el carácter «monolítico» del bloque moscovita, consagrándose la doctrina «Breshnev» de soberanía limitada de los Estados «socialistas», a partir de la invasión de Checoslovaquia.

Aquí se perfila el nuevo enfoque del ideólogo ex polaco: Brzezinski reemplaza la concepción del «monolitismo» del mundo comunista por la idea de que la zona de Estados sometida a regímenes marxistas es «policéntrica», porque responde a una «inevitable composición pluralista». Cuando el líder comunista italiano Palmiro Togliatti descubre en 1956 el «policentrismo» intercomunista, afirmando y propugnando la existencia de tal policentrismo, que al fin y al cabo conduciría al «eurocomunismo», el ideólogo de la Casa Blanca apenas sabía cómo reaccionar. Ahora, según la fuente citada, Brzezinski está todavía con el «policentrismo» en vez de combatir al «eurocomunismo», que para el Occidente resulta no solamente más complicado en cuanto a la interpretación, sino sobre todo en combatirlo. Otro fallo de la Administración norteamericana. El policentrismo comunista es un hecho desde hace dos décadas; sin embargo, el «eurocomunismo» es un fenómeno completamente nuevo, ya que no es suficiente fomentar la *independización* de Yugoslavia o Rumania, según propugna Brzezinski, sino de todos los países del bloque soviético.

Las tesis de Brzezinski, aparecidas hace poco en la revista británica *Survey*, no anuncian ninguna cruzada para que los países satélites de la URSS gocen plenamente de los derechos individuales. Ya en septiembre de 1976 Carter celebró una entrevista televisada con el entonces presidente Ford, afirmando que bajo su presidencia Washington no defendería militarmente a Yugoslavia en caso de ser invadido este país por la URSS y sus aliados. El reparto del mundo es un hecho, pero a expensas del Occidente. Declaraciones de orden político

⁶³ Ya, el 17 de julio de 1977, de José María Gómez-Salomé.

STEFAN GLEJDURA

es un asunto y hechos, otro. Este puede ser también el punto de vista norteamericano frente al «eurocomunismo». Los tratados diplomáticos, convenios económicos y comerciales entre Washington y Moscú, prevalecen sobre la defensa verbal de los derechos ciudadanos en el mundo comunista. Y bien podría ocurrir que los Estados Unidos entrasen en contacto con los «eurocomunistas» precisamente por estos motivos.

STEFAN GLEJDURA

NOTAS

